

Fundamentos filosóficos de la Psicología actual

por Alfonso OSORIO

Universidad de Navarra

Desde hace unas décadas, la Psicología tiene cada vez mayor protagonismo en la educación. La Psicología Evolutiva, la Psicología de la Educación y las ramas afines han estado aportando conocimientos teóricos y herramientas prácticas de mucha utilidad para facilitar y perfeccionar el trabajo de los educadores.

Hoy en día, en centros educativos de todas las edades, incluso desde la educación infantil más temprana, se tienen en cuenta, por ejemplo, las etapas del desarrollo propuestas por Piaget (1971), con las matizaciones sugeridas por diversos autores posteriores (Case, 1984, 1985; Fisher, 1980; Halford, 1988; Pascual-Leone, 1978). Los orientadores y los diseñadores de programas educativos buscan en los estudios de los psicólogos (Bruner, 1960, 1966; Ausubel, 1963) respuestas sobre cuál es la mejor forma de presentar el material a los alumnos de modo que se

aprenda mejor. Los profesores intentan motivar a sus alumnos y encuentran diversas propuestas (Alonso Tapia, 1991; Good y Brophy, 1995; Keller, 1983; Woolfolk, 1987) sobre cómo hacerlo eficazmente. La Psicología del Aprendizaje enseña la mayor conveniencia de los premios respecto de los castigos, y especifica la mejor forma de administrarlos (Skinner, 1954, 1958) [1].

En definitiva, la educación en todos sus aspectos (académica, moral, cívica...) se sirve de los conocimientos de la psicología para un mejor aprovechamiento. La psicología es, por tanto, un fundamento imprescindible en el ámbito educativo. Pero, como todo instrumento, debemos evaluar cuáles son sus virtudes y sus defectos, para intentar potenciar los primeros y pulir los últimos, y conseguir así un medio más adecuado para el fin educativo.

En esta ocasión, vamos a analizar la fundamentación filosófica de la Psicología. Es decir, trataremos de exponer qué presupuestos filosóficos están latentes en la psicología contemporánea. Concretamente, nos interesan de manera especial los presupuestos antropológicos.

Podría aducirse que la Psicología no tiene una fundamentación filosófica sino "científica". Es una ciencia que se fue apartando paulatinamente de la Filosofía hasta alcanzar en el siglo XX su autonomía y su propio estatuto científico. Sin embargo, todo ser humano tiene alguna idea (implícita o explícita) sobre la naturaleza humana: qué es el hombre, cómo debe ser. Estas ideas influyen en diversos grados a la hora de actuar, y la actuación científica no es una excepción. Es difícil que la concepción antropológica que uno tenga afecte a la hora de investigar en Matemáticas, pero esta influencia es mucho más probable en otras ciencias como la Psicología. Las ideas previas que un psicólogo tenga sobre el ser humano influirán a la hora de interpretar los resultados de su investigación [2].

Así, vamos a abordar qué ideas filosóficas se encuentran en la mayoría de los psicólogos contemporáneos, qué fundamentos antropológicos subyacen a las teorías psicológicas actuales y a sus aplicaciones prácticas (especialmente las educativas).

Empezaremos con un breve resumen del nacimiento de la psicología moderna, observando cómo se va separando de su

origen filosófico. A continuación veremos algunas ideas filosóficas que han permanecido en esta nueva ciencia y que sesgan sus contenidos.

1. Introducción histórica

La psicología se consideraba antiguamente como parte de la filosofía (Legrenzi, 1986, 38). Empieza siendo la ciencia del alma, tal como indica el origen etimológico de la palabra, y estudia el alma como principio de vida de todos los seres animados (hombres, animales, plantas). Con el tiempo, esta rama de la ciencia filosófica se va reduciendo hasta abarcar solamente las facultades mentales del hombre. En cualquiera de los dos casos, se trata de lo que posteriormente se ha llamado psicología filosófica [3].

Durante la modernidad (a partir de Descartes, especialmente), se van desarrollando una serie de circunstancias (nuevas teorías filosóficas, nuevas disciplinas científicas) que permiten que, en el siglo XIX, la psicología termine separándose de la filosofía, fundando una ciencia propia, independiente. Se funda así la *psicología científica*, con su método propio. Este método variará de unos autores a otros, pero básicamente todos coinciden en profesar el llamado *método científico*, que trabaja elaborando hipótesis y contrastándolas con la realidad.

El término *científico* aplicado a la psicología o al método debe ser aclarado, pues puede producir confusión. Clásicamente, se llamaba ciencia al conocimiento profundo de la realidad: conoci-

miento por causas (Millán-Puelles, 1972, 173; Sanguinetti, 1982, 145). Y se aplicaba eminentemente a la filosofía (Sanguinetti, 1982, 155). Actualmente, se suele reservar el título de ciencia a aquellas disciplinas que utilizan el citado *método científico*, hipotético-deductivo. Esta redefinición de los términos excluye, entre otras disciplinas, a la filosofía.

Hecha esta aclaración semántica, podemos volver al hecho de que, tras siglos de existencia de la psicología filosófica, nace una nueva psicología: la psicología científica, a la que, a partir de ahora, llamaremos simplemente psicología. Los fundadores de esta ciencia defienden una separación e independencia de su disciplina con respecto a la filosofía (Wundt, 1904; Watson, 1913), que en seguida discutiremos. En cualquier caso, no cabe duda de que se trata de una ciencia diferente.

Sin embargo, la pretendida separación de la psicología respecto de la filosofía debe ser matizada. Ciertamente, la psicología se separa de la filosofía, pero a la vez asume, a menudo, algunas doctrinas filosóficas como punto de partida. Visto de otra forma, la psicología se separa de determinadas corrientes filosóficas, pero se acoge a otras corrientes, de más reciente creación, que son precisamente las que han permitido la aparición (o la simplificación) de la nueva psicología.

Muchos psicólogos asumen, a menudo acrítica e implícitamente, determinados postulados filosóficos que facilitan la

labor científica [4], pero en cuyas consecuencias a menudo no se repara. Algunos de estos postulados son comunes a muchas ciencias. Veamos, a continuación, algunas de esas posturas.

2. Naturalismo

El Naturalismo es una doctrina filosófica que mantiene que las únicas causas que actúan en el mundo son las causas físicas [5]. Es decir, se niegan las causas trascendentes: concretamente, se niega a Dios como causa. Para el Naturalismo, o bien Dios no existe (ateísmo), o bien existe, pero no tiene ninguna relación con el mundo físico (deísmo). Quizá Dios creó el mundo, pero, después de hacerlo, se desentendió de él. En cualquiera de los dos casos (ateísmo o deísmo), Dios no interviene en el curso de la historia física o humana.

Aunque esta doctrina goce hoy en día de una cierta popularidad, hay que señalar que, hasta hace dos siglos, se trataba de una postura minoritaria. Tanto filósofos creyentes de alguna religión, como otros que carecían de fe, mantenían la existencia de un Ser Supremo que gobierna el universo, defendiendo tal existencia con argumentos filosóficos.

No es éste el lugar para pararse a demostrar si esta doctrina es más o menos mayoritaria, o si es o no cierta. Basta llamar la atención sobre el hecho de que es una doctrina filosófica entre muchas otras. Y, de esta afirmación, podemos llamar la atención sobre dos aspectos, uno de ellos más evidente y otro

que puede pasar desapercibido: que es una doctrina *entre otras*, y que es una doctrina *filosófica*.

El Naturalismo es una doctrina *entre muchas otras*. No puede decirse, en absoluto, que sea una verdad evidente, o que sea la única posible. En cualquier caso, no puede decirse tal cosa sin demostrarse previamente. Puede parecer ésta una verdad de Perogrullo, pero no siempre se tiene en cuenta. Quien quiera mantener esta postura deberá demostrarla.

Y esto nos lleva al segundo aspecto mencionado. Porque tal demostración no puede hacerse desde la psicología o desde otras ciencias, ya que el Naturalismo es una doctrina *filosófica*. La demostración o refutación de sus afirmaciones entran dentro de la disciplina filosófica. Por supuesto, la argumentación la puede hacer un psicólogo o un físico, pero siempre teniendo en cuenta que, al hacerla, está entrando en el terreno de la filosofía. Ni la Física ni la Psicología tienen nada que decir sobre la existencia o no de causas trascendentes.

De nuevo puede parecer innecesario recalcar este punto, pero no lo es. No es raro ver científicos que, apoyados en sus conocimientos de la Física o de la Neurología, pretenden demostrar la existencia o la inexistencia de Dios. La existencia de Dios no encuentra demostraciones ni refutaciones en la ciencia empírica.

Sin embargo, una vez aclarado este punto, hay que admitir que la ciencia,

tanto la Física como la Psicológica, necesitan aceptar de algún modo los postulados del Naturalismo. Si Newton, a la hora de calcular la fuerza de la gravedad, hubiera tenido que contar con posibles fuerzas divinas, no habría podido avanzar. La Física no podría existir, ni producir los beneficios que la humanidad recibe de ella, si además de las causas conocidas tuviera que contar con una fuerza desconocida procedente de Dios. Nada hay, realmente, en la ciencia física, que diga que Dios no puede empujar un objeto sin necesidad de que haya ninguna otra fuerza operando. Pero, si la Física no prescindiera de esa posibilidad, no puede funcionar. La Física (como las ciencias que van apareciendo más tarde) cuenta con que, si Dios actúa en el mundo (así lo creía Newton [6]), lo hace a través de unas leyes que la ciencia intenta descubrir [7]. Si se cuenta con intervenciones particulares de Dios, no hay ciencia posible. Lo propio de la Física, como de otras ciencias, es encontrar las leyes invariantes de la naturaleza que rigen, en este caso, el cosmos.

Es así cómo las ciencias necesitan asumir (consciente o inconscientemente) un *Naturalismo metodológico*. La *negación*, por parte de la filosofía, de las causas trascendentes, tal como la hemos visto hasta ahora, corresponde al *Naturalismo dogmático o teórico*. El Naturalismo metodológico, en cambio, no afirma ni niega dichas causas, sino que simplemente *prescinde* de ellas. No dice que no existan, pero actúa como si no existieran. No se trata de hacer ninguna

afirmación sobre la realidad, sino de establecer las bases metodológicas que se van a utilizar para una determinada ciencia.

Por tanto, no hay, en principio, objeciones a la asunción, por parte de las ciencias, de ese Naturalismo metodológico. Solamente es necesario llamar la atención sobre él y sobre sus consecuencias. Si se asume este principio sin ser consciente de ello, uno puede acabar negando teóricamente la existencia de Dios, pensando que ha sido la ciencia la que ha llegado a esa conclusión, cuando lo que ha sucedido es que esa negación estaba en las premisas.

Por ejemplo, muchos han visto en el Big Bang una negación de la creación del mundo, y por tanto, de la existencia de Dios [8]. Lo cierto es que no hay ninguna relación entre ambas conclusiones [9]. Pero podemos ver cómo operan los dos tipos de Naturalismo en este proceso. Si sabemos cómo es el mundo hoy en día, y sabemos cómo evoluciona, podemos deducir cómo era hace, por ejemplo, un millón de años. Siempre, claro está, que en medio no creara Dios el mundo o modificara su curso. Como esto, lógicamente, no se tiene en cuenta (Naturalismo metodológico), se sigue yendo hacia atrás. Al final, se llega a un supuesto punto de inicio, y se niega la intervención de Dios (Naturalismo dogmático).

Hay, por tanto, un círculo vicioso con el que conviene tener cuidado. Lo que se empieza tomando como instrumento, acaba usándose para llegar a conclusiones sobre la realidad. Por eso, al llegar a

conclusiones de este tipo, hay que comprobar si están mediadas por el tipo de método que hemos utilizado.

Lo mismo sucede con la Psicología. Ciertamente, el psicólogo no puede avanzar si atribuye directamente a la intervención divina todos los fenómenos mentales. Pero, ¿puede negar sistemáticamente estas intervenciones? ¿Cómo debe actuar un psicólogo cuando alguien le dice que ha presenciado un milagro, o que siente una determinada vocación divina?

A la hora de escribir textos psicológicos, no se dice claramente que la Psicología niegue la existencia de Dios, ya que habría que demostrarlo con una cierta seriedad. Pero, a menudo, implícitamente, se asume que así es. Muchos psicólogos actúan, y enseñan, no como si hubieran puesto entre paréntesis la acción divina, sino como si hubieran llegado científicamente a la conclusión de que Dios no existe. Por ejemplo, cuando uno conversa con alumnos de Psicología, estos hablan como si en alguna asignatura hubieran visto demostrado este punto (y otros como la negación de la libertad, que veremos más adelante). Es un tema que, por encontrarse implícito, cala más en los lectores de psicología, sin posibilidad de reflexión crítica, a no ser que uno esté atento a estas cuestiones.

En definitiva, dado que Dios no entra en el campo de la Psicología, la actitud del psicólogo no debe ser la del rechazo, sino la de aceptar que se trata de otro campo de conocimiento. Podrá aventurarse a

entrar en ese campo, y sacar sus conclusiones, pero sabiendo que se trata de un campo ajeno a la Psicología, y a la vez complementario de ella, pues en algunas aplicaciones de ésta puede ser determinante lo que se piense sobre la existencia de Dios.

3. Dualismo cartesiano y libertad

Otra doctrina filosófica que afecta a varias ciencias, pero especialmente a la Psicología, es el dualismo que Descartes formula en el siglo XVII. Su separación de cuerpo y alma ha influido tanto a partir de entonces que, incluso cuando se analiza el pensamiento de autores anteriores, a menudo se hace desde una perspectiva cartesiana.

Al formular su famoso “pienso luego existo”, Descartes acaba concluyendo que él existe como “cosa pensante”. Así, acaba definiendo el alma, el yo, como una sustancia pensante, radicalmente diferente de la materia, sustancia extensa. Una cosa es la realidad física, la materia, lo medible: el cuerpo humano pertenece a esa esfera. Otra cosa completamente ajena es el alma, lo espiritual, la mente [10].

Hasta tal punto son diferentes ambas realidades, que no hay forma de que interactúen entre sí. De hecho, Descartes se encuentra con una paradoja, ya que el alma siente a partir de las influencias que recibe el cuerpo, y el cuerpo se mueve por orden del alma. El autor acaba recurriendo a una solución a todas luces absurda: la de la glándula pineal. Esta parte del cerebro, que Descartes creía fundamen-

tal, aloja la conexión entre cuerpo y alma (Descartes, 1996, 351-352). Sus seguidores, en cambio, se dan cuenta de que, si el alma no tiene extensión, no puede estar en un lugar: ni siquiera en la glándula pineal. Por tanto, buscarán soluciones más complejas, que por lo general han de recurrir a la intervención divina para explicar la conexión entre alma y cuerpo (Copleston, 1979, 171).

A partir de este punto, muchos autores intentan dar solución a este problema. Pocos, en cambio, intentan plantear el problema en otros términos, tal como ya se había hecho anteriormente. Da la impresión de que la coexistencia de cuerpo y alma sólo pueda ser planteada en términos cartesianos [11]. Por ejemplo, es frecuente ver cómo se habla de la antropología de Aristóteles o de Tomás de Aquino calificándola como dualista. Efectivamente, estos autores defienden la existencia del alma, pero en absoluto se puede decir que sean dualistas en el sentido cartesiano [12].

Para estos autores, el hombre no es un alma atrapada en un trozo de materia, como sugiere la visión cartesiana. El planteamiento es más bien el siguiente. En el mundo hay materia inerte y materia viva. La materia inerte tiene una “forma”, que es la que determina las propiedades de cada cuerpo inerte. La materia viva tiene un tipo especial de forma, a la que se llama “alma”. Los seres vivos no son sólo trozos de materia, sino trozos de materia viva. Lo especial que tienen estos seres es que tienen movimiento propio, a

diferencia de los seres inertes. Esta “alma” de los seres vivos gana en complejidad cuando pasamos de los seres vegetales a los animales, y más aún cuando hablamos del hombre, cuya alma tiene además características espirituales [13].

Es una doctrina muy compleja, en la que no podemos detenernos ahora. Basta insistir en la idea de que el alma no es una realidad diferente del cuerpo. Alma y cuerpo forman una realidad inseparable, una única sustancia, que es el ser humano. El hombre no es su alma. Mi cuerpo no es una cárcel para mí, y tampoco es un instrumento que yo pueda “usar”. Mi cuerpo soy yo. Cuando me pinchan en el dedo, no le duele a mi cuerpo: me duele *a mí*.

Nótese cómo este dualismo ha influido profundamente en la “psicología popular”. A menudo se piensa que uno es su yo, su espíritu, mientras que su cuerpo es sólo eso: *su* cuerpo: un cuerpo que es *mío*, pero que no *soy yo*; un cuerpo sobre el que puedo decidir qué hacer. Esta tendencia se manifiesta, por ejemplo, cuando defendemos el derecho a *usar* nuestro propio cuerpo como queramos; cuando hablamos de *vender*, o *alquilar*, el propio cuerpo; cuando un hombre dice que, aunque su cuerpo sea masculino, él es *en realidad* una mujer, etc.

Efectivamente, la separación radical de cuerpo y alma a menudo lleva al materialismo o al espiritualismo. A veces se niega el espíritu, diciendo que somos sólo materia. Otras veces se reivindica el espíritu, relegando el cuerpo a algo secunda-

rio, accidental. Y, curiosamente, ambas tendencias se dan a menudo en las mismas personas.

Pero volvamos a Descartes y al nacimiento de la ciencia. Una vez más, con el planteamiento de Aristóteles es difícil desarrollar la física newtoniana. Si hay unos seres que se mueven por sí mismos, es difícil analizar todas las variables que intervienen en un determinado estudio. En cambio, si resulta que, como mantiene Descartes, toda la realidad física es funcionalmente equivalente, y se rige por las mismas reglas, todo es más sencillo. Si la vida, la mente, el alma, quedan en otro plano, entonces se puede elaborar una ciencia de la materia, una ciencia física.

Cuando decido mover mi brazo, ¿por qué se mueve el brazo? Sabemos que el movimiento está causado por la tensión de los músculos, que a su vez se ha producido por la acción de determinados nervios, activados, en última instancia, por neuronas de la corteza cerebral. Pero las primeras neuronas que se activan al tomar la decisión de mover el brazo, ¿por qué lo hacen? La explicación cartesiana sería que, de algún modo, el alma “empuja” (excita, deberíamos decir con el vocabulario biológico actual) a esas neuronas. Pero no tiene sentido que algo radicalmente diferente de lo físico pueda realizar una fuerza física. En cambio, según el realismo aristotélico, diríamos que el hombre es su alma, es su libertad, y también es su brazo y sus neuronas. Todo él decide moverse, y se mueve. Su cuerpo no es como una piedra, que necesite de una

fuerza externa para moverse: es materia viva.

Hoy en día, este lenguaje es extraño. Choca con la mentalidad contemporánea porque vivimos en un mundo cartesiano, o al menos post-cartesiano. Estamos acostumbrados al lenguaje dualista cartesiano, y sobre todo al lenguaje que habla de una materia inerte, desprovista de vida.

Los efectos de todo esto sobre la Física son limitados, pero las consecuencias para la Psicología son trascendentales.

Dado que la postura aristotélica ni siquiera se contempla, y que la solución cartesiana es insostenible (aunque sí se mantiene su planteamiento del problema, como ya hemos visto), se acaba negando la existencia del alma y de la libertad. Las neuronas que inician el movimiento del brazo lo hacen movidas por efectos físicos, que vienen determinados por los estímulos recibidos y por la configuración neuronal del sujeto. La conducta, por tanto, viene determinada por el ambiente y por las características del sujeto; éstas, a su vez, están determinadas por su configuración genética (herencia) y por la estimulación recibida en el pasado (aprendizaje). Los psicólogos discuten si lo importante en un sujeto es lo que ha heredado biológicamente o lo que ha aprendido a lo largo de su vida (herencia vs. ambiente). Pero en ningún momento se tiene en cuenta que, sobre esos factores, que realmente condicionan las decisiones del individuo, éste pueda tener libertad para actuar incluso en dirección opuesta a sus ten-

dencias heredadas y aprendidas (Bermúdez Moreno, Pérez García y Sanjuán Suárez, 2005, 61-91, 237-277 y 489-515).

Este estilo explicativo ha de tenerse en cuenta a la hora de entrar en el campo de la Psicología. Algunos autores niegan abiertamente la libertad [14], pero a menudo uno no se encuentra de frente con estos temas: no se tratan directamente. Y ahí precisamente está el peligro. Si se trataran explícitamente, podrían discutirse, y se vería que se trata de cuestiones que escapan a la naturaleza empírica de la Psicología. Lo que se hace (de forma parecida a lo que sucede con el Naturalismo) es dar por supuesto el Dualismo y, por tanto, la negación del alma y de la libertad. Dicho de otro modo, se reduce uno de los extremos de la dualidad al otro, con la consiguiente negación de uno de ellos [15].

Cuando se niega directamente la libertad, el argumento suele ser que ésta no tiene cabida en el mundo físico. Efectivamente, las leyes de la física no dan cabida a opciones, a diferentes posibilidades entre las que se pueda elegir. Un cuerpo se mueve por la acción previa de otro cuerpo sobre él, y así sucesivamente [16]. Todo esto sería así según la Física newtoniana, es decir, siempre que se cumpla el supuesto cartesiano de que el universo es sólo mera extensión, simple materia inerte. Es decir, la libertad sólo es imposible bajo el supuesto cartesiano de que la vida, el alma, está en un plano diferente.

En suma, no es la Física ni la Psicología la que determina la imposibilidad de la libertad, sino una teoría filosófica que muchos científicos, incluidos demasiados psicólogos, han admitido como válida [17].

4. Positivismo

La influencia del Naturalismo y del Dualismo en la Psicología está muy ligada a la influencia del Positivismo. Básicamente, el Positivismo mantiene que sólo es verdad lo científicamente (empíricamente) demostrable [18]. Formas de conocimiento como la filosofía o la teología ni siquiera tienen sentido [19].

También aquí podríamos hablar de un positivismo metodológico y un positivismo dogmático. Lógicamente, la ciencia empírica debe actuar con este principio metodológico. La Física y la Psicología deben proceder demostrando empíricamente todo aquello que sostienen. En eso consiste la ciencia. Pero no hablar de cuestiones que no se pueden demostrar empíricamente no implica negar que existan, o que puedan ser verdaderas.

Y una vez más, es frecuente que en psicología se dé el salto de lo metodológico a lo dogmático. Quizá se hace sólo implícitamente, y como presupuesto de fondo, pero se da ese paso. Si temas como el alma, la libertad, la existencia de Dios o la moral son cuestiones que escapan a la ciencia, el científico debe reconocerlo humildemente, y señalar que ahí están las fronteras de su investigación y de su aportación.

Negar que existan estas realidades es incluso una violación del propio principio del positivismo que se quiere mantener. Efectivamente, no se puede demostrar empíricamente la existencia de Dios. Pero tampoco su no existencia. Así que desde el positivismo no puede afirmarse ni negarse. Debe mantenerse una prudente ignorancia.

Ni siquiera basta con no mencionar estas realidades. Pasar por encima de ellas sin siquiera una referencia puede ser, en muchos casos, una negación implícita. Por ejemplo, cuando se habla de los determinantes de la conducta. Como hemos visto antes, unos autores dicen que la conducta viene dada por la personalidad del sujeto; otros, que por el ambiente; otros, finalmente, que por la interacción de ambas. A su vez, la personalidad puede estar determinada por la herencia o por el aprendizaje. Si no se añade nada más, se está diciendo que, en un determinado momento, estando el sujeto en un cierto estado y recibiendo ciertos estímulos, su conducta está predeterminada por todos esos factores mencionados. Se está negando la libertad.

Durante toda la historia de la humanidad, la inmensa mayoría de los hombres se han sentido libres. Hoy en día sigue siendo así. Incluso los científicos que mantienen que la libertad no existe reconocen que, en su casa, actúan como si existiera, y educan a sus hijos como si fueran responsables de lo que hacen bien y mal, usando los conceptos de mérito y culpa (que no tendrían sentido sin la

libertad). Dadas estas circunstancias, quien quiera negar la libertad tendrá que probar su no existencia: en él está la carga de la prueba. Y, si no lo hace, debe dejar al menos un paréntesis de ignorancia en su teoría.

Y lo mismo sucede con el alma, la intervención divina, la moral, etc. Dado que se asume un positivismo dogmático, una negación absoluta de todo lo que no es empírico, todas estas realidades dejan de tener sentido. En los apartados anteriores hemos dicho que determinados temas debían reservarse para ciencias como la filosofía. Pero si el positivismo niega la utilidad de esas ciencias, se acaba negando su objeto de estudio.

5. Darwinismo

Aunque el evolucionismo darwinista sea una teoría biológica, el aspecto que más nos interesa es su vertiente filosófica.

Como tesis biológica, parece que la Teoría de la Evolución está bastante respaldada por los datos hasta ahora conocidos. Según esta teoría, las especies (incluido el hombre) proceden unas de otras. O, mejor dicho, todas proceden de una única especie originaria. A partir de ésta, los seres han ido diversificándose por evolución (a través de mutaciones genéticas y de selección natural), dando lugar a las distintas especies.

Aplicado al hombre, la teoría se resume en la conocida frase “el hombre desciende del mono”. Hace millones de años había una especie de primates de la que

surgieron distintas especies, incluido el ser humano (y los actuales simios).

Mientras nos mantengamos dentro de la esfera de la biología, de la zoología, esta tesis no presenta mayores problemas. Biológicamente, el hombre es un animal. Esto, en tiempos de Darwin, no era ningún secreto, pues hasta el mismo Aristóteles había definido al hombre como “animal racional”, o como “animal social”. Y, siendo el hombre un animal, no debería escandalizar a nadie decir que procede (biológicamente) de otros animales.

Sin embargo, esta tesis abrió brechas entre los científicos de la época. Tanto los defensores de la teoría como sus detractores pensaron que ésta minusvaloraba la naturaleza humana y contradecía la tesis creacionista (judeocristiana), según la cual Dios creó directamente al hombre. Defensores del evolucionismo decían que sus demostraciones negaban la creación [20], y muchos pensadores y científicos cristianos, por esa misma razón, se oponían a lo que ellos consideraban una herejía [21].

Lo cierto es que el Génesis (primer libro de la Biblia, en la cual se basa el creacionismo judeocristiano) dice que Dios dio vida a una materia ya existente [22]. Que esa materia sea un mono o sea literalmente “polvo” (palabra usada por la Biblia) es poco relevante. No parece más digno proceder del polvo que proceder del mono.

La cuestión radica en que no es lo mismo decir que el hombre, *biológicamen-*

te, descende del mono, que decir que *todo el hombre* descende del mono. Esta segunda tesis no es ya una teoría biológica, sino antropológica, filosófica. Porque, a su vez, depende de otra cuestión: si la dimensión biológica del hombre coincide con todo el hombre. Es decir, si el hombre es sólo materia. Es decir, si hay algo más (el alma) que hace al hombre superar (sin negarla) su propia condición física.

Si el hombre tiene un alma que informa al cuerpo de una manera especial, y que trasciende a la mera realidad física, entonces al Evolucionismo hay que ponerle un paréntesis: el hombre (*en su aspecto biológico*) procede del mono. No hay prueba que demuestre que el alma, la libertad, la inteligencia, el lenguaje abstracto, etc., sean fruto de la evolución a partir de la materia inerte o de animales inferiores.

Hay conjeturas que plantean que estas propiedades humanas pueden haber surgido también por evolución, y que no son sino elaboraciones más complejas de las capacidades que poseen otros animales. Y, bajo ese supuesto, algunos buscan teorías que expliquen cómo se han perfeccionado esos aspectos del actual ser humano [23]. Pero esto son sólo conjeturas, y parten de la base de una concepción antropológica concreta, que opina que las características del ser humano no son cualitativamente diferentes de las de otros animales, sino sólo cuantitativamente. Y esto, desde luego, no ha sido en absoluto demostrado.

Existe un principio filosófico según el cual lo superior no puede proceder de lo

inferior [24]. Darwin describe un complejo mecanismo según el cual las especies van mejorando sus funciones. Dicho mecanismo explica los cambios cuantitativos, como el cambio de forma y tamaño de los órganos, la desaparición de unos y la aparición de otros, etc. Pero los cambios cualitativos (la aparición de realidades radicalmente nuevas) no quedan explicados. En el paso de los vegetales a los animales, ningún dato biológico da cuenta de la aparición de la sensibilidad. Con los nuevos órganos (ojos, por ejemplo), surge quizá la condición de posibilidad del sentido de la vista. Pero el acto de ver, el fenómeno mental de la visión, escapa a las explicaciones biológicas. En términos neuronales, puede tratarse de una mera evolución física, pero la experiencia del sujeto al ver, oír, gustar, es algo que ni Darwin ni ningún neurólogo pueden explicar [25].

Lo mismo sucede con el paso del animal irracional al hombre. Según lo que se piensa que es el hombre, se aceptará o no que todo en él procede de la evolución biológica. Si se piensa que el hombre es muy parecido a un animal, si se piensa que uno no es más libre que el otro, y que el pensamiento abstracto no es sino un perfeccionamiento de los procesos animales, entonces quizá se puede asumir completamente el evolucionismo radical. Pero si el hombre es algo más, entonces la Teoría de la Evolución puede ser cierta (dentro de sus límites: los de la biología), pero es insuficiente.

El fraude está en que a menudo se invierte la argumentación. Se dice que,

dado que el hombre procede de otros animales, no es más que un animal evolucionado, y por tanto todo lo que el hombre es, todo lo que el hombre hace, sólo se diferencia de los animales en cuestiones de grado: es decir, sólo hay diferencias cuantitativas accidentales. Pero no es la biología la que determina esta conclusión. Quien así piensa es porque, previamente, ha asumido que *todo el hombre* procede de la evolución. Y para ello ha tenido que reducir al hombre a lo biológico. Así, cuando se deduce que el hombre es un animal más, no se está concluyendo sino lo que ya se había tomado como premisa.

Los autores materialistas han jugado muy bien la baza del Evolucionismo darwinista y, con la fuerza de la autoridad que dan las demostraciones científicas, biológicas, han querido llegar a conclusiones antropológicas y teológicas, negando la existencia del alma espiritual y la creación. Lamentablemente, los propios defensores de estas dos últimas ideas cayeron en la trampa de aceptar esa oposición, negando de raíz la verdad de la evolución [26]. Con el aumento de la evidencia a favor de ésta, las tesis creacionistas y la idea de la superioridad radical del ser humano respecto de los animales han perdido credibilidad. Pero si nos fijamos en las diferencias que hemos señalado, que aunque parecen sutiles resultan trascendentes, vemos que, cuando un psicólogo identifica al hombre con los demás animales, no está utilizando simplemente conocimientos biológicos, sino que está manteniendo una tesis filosófica determinada, que en absoluto está avalada por la ciencia.

6. Relativismo ético

Hoy en día está muy de moda el relativismo ético. Cada persona (o cada cultura) tiene una ética, una moral, y no se puede decir cuál es la que vale, o cuál es mejor que las demás.

En realidad, pocos mantienen esta tesis hasta sus últimas consecuencias. Seguramente los relativistas no piensan que la moral que tenían los nazis, o los esclavistas de hace unos siglos, o los machistas de tantos siglos, es igual de buena que las morales que hoy en día son más difundidas y aceptadas. Parece ser que sí hay algunos principios absolutos, pero todo lo demás seguiría siendo relativo. El problema es que tampoco esos principios absolutos están claros. El nazismo podríamos condenarlo porque permitía la tortura y muerte de seres humanos inocentes. Pero cuando esos seres humanos aún no han nacido, parece que pueden ser asesinados sin que se vulnere ningún principio universal y absoluto.

De todas formas, no es éste el lugar de mostrar todas las contradicciones del relativismo moral. Nos importa, de nuevo, cómo afecta éste a la Psicología.

Ciertamente, la Psicología y la Ética (ciencia de lo moral), aunque íntimamente imbricadas, son ciencias diferentes. Y en esta distinción se basan con frecuencia los teóricos para decir que el psicólogo no debe inmiscuirse en temas morales. Esta afirmación tiene (como casi siempre) su parte de verdad, pero hay que hacer algunas matizaciones.

La Psicología también es una ciencia diferente de la Matemática. Y, sin embargo, a la hora de cobrar a un paciente, el psicólogo utilizará correctamente las leyes matemáticas de la suma y la multiplicación. También se diferencian la Psicología y el Derecho, lo cual no impide que el psicólogo tenga cuidado de cumplir con las normativas legales en su actividad profesional.

Con esta digresión quiero llegar al hecho de que, aunque dos ciencias sean en abstracto diferentes y estén separadas, en la vida real es posible que interactúen y tengan que entenderse. De hecho, los psicólogos tienen unos códigos deontológicos que regulan su actividad profesional (American Psychological Association, 2002; Colegio Oficial de Psicólogos de España, 2003).

Estos códigos se refieren sobre todo a cuestiones formales, de la forma de tratar a los pacientes, de respetar sus derechos, etc. Pero, ¿qué sucede con respecto al contenido de los consejos profesionales del psicólogo? ¿Puede (o debe) el psicólogo considerar cuestiones éticas?

A menudo se habla de la pretendida neutralidad del psicólogo clínico, o de que la Psicología debe ser una ciencia independiente de los valores (Fairbairn y Fairbairn, 1987). Pero esa neutralidad es imposible. Si el psicólogo debe dar consejos a su cliente, necesariamente debe pensar qué es lo mejor para él desde diversos puntos de vista. En palabras de Gross (1998) “la neutralidad de los terapeutas es un mito”.

Imaginemos un paciente que quiere matar a su hermano, pero en el momento de hacerlo no es capaz de apretar el gatillo. Para solucionar este problema, acude al psicólogo. ¿Qué deberá hacer éste? ¿Puede olvidar cuál es la intención del paciente, e intentar simplemente curarle un supuesto “problema” que le impide realizar tal acción? Con un caso tan claro, probablemente todos estaremos de acuerdo en que el psicólogo no puede ser cómplice del fratricidio.

Sin embargo, cuando la cuestión moral que está en juego se refiere a algún aspecto que está menos consensuado en la población general (hoy en día habría que hablar, quizá, de cuestiones sexuales, familiares, etc., que son las más discutidas), entonces se suele decir que cada uno debe guardarse su moral y centrarse en lo que el paciente “necesita”.

Vemos de nuevo la misma contradicción de antes. Si el otro quiere asesinar, entonces tenemos muy claro que nuestra ética es superior. Pero si se trata de otras cuestiones, entonces las dos éticas tienen el mismo valor (es decir, ningún valor).

Otro aspecto interesante de las relaciones entre la Psicología y la Ética es el de los casos en que el propio psicólogo aconseja al cliente realizar una acción que va contra la Ética. Es sabido que muchos psicoanalistas recomiendan la infidelidad matrimonial como técnica terapéutica [27]. La Ética no cuenta: se trata de una ciencia diferente en la que no hay que entrar, podrían decir estos supuestos “terapeutas”.

Y hay un tercer punto, más sutil pero más omnipresente, especialmente en el campo de la educación. Es el que se deriva de haberse perdido la noción de libertad. Al no haber libertad, tampoco hay lugar para la virtud. Así, a la hora de educar a los niños y adolescentes, ya no se busca que sean virtuosos.

Por ejemplo, la Psicología de la Educación presta mucha atención a la motivación de los alumnos. Lo deseable es que el alumno esté motivado por sí mismo (intrínsecamente) para hacer lo que debe (estudiar, por ejemplo). Pero, si no lo está, es mejor (se piensa) que actúe por otras motivaciones venidas de fuera (extrínsecas) a que no actúe. Así, se pone un gran esfuerzo en idear la mejor forma de motivar a los niños para que estudien, para que se porten bien, etc.

Lo que se olvida en esta forma de actuar es que así acostumbramos al niño a actuar sólo cuando se le da una motivación externa (o cuando se le adorna su tarea para que encuentre en ella una motivación intrínseca). Se olvida que, con el tiempo, el ser humano tiene que ir aprendiendo a actuar sin que haya nadie detrás de él haciéndole agradable el trabajo. Debe aprender a buscar sus propias motivaciones en lo que debe hacer, o a hacer las cosas porque son buenas en sí mismas, independientemente de que sean agradables (motivación intrínseca) o de que le premien por hacerlas (motivación extrínseca).

Con la insistencia en la motivación, la responsabilidad se desplaza: ya no está

en los alumnos, sino en los padres y los profesores, que deben motivar adecuadamente al alumno [28]; parece ser que éste responderá automáticamente si aquéllos trabajan bien esa motivación. Aunque podríamos preguntarnos quién les motiva a los profesores (Silvero Miramón, 2007) y a los padres para llevar a acabo esta motivación.

Vemos que la Psicología es un medio que, a menudo, no se plantea cuál es su fin. Hablar de fines (en el ámbito de la conducta humana) es algo que pertenece al campo de la Ética. La Psicología es un medio, un instrumento, que puede ayudar a alcanzar los fines deseados, pero para ello hay que plantearse cuáles son esos fines que se buscan. No basta con resolver el problema del paciente, o con conseguir el objetivo inmediato de que el alumno estudie. Hay que considerar si estamos ayudando o perjudicando a las personas.

7. Consideraciones finales

Aunque la Psicología es muy útil para la educación (o precisamente porque lo es), hay que estar muy atento a las ideas de fondo que subyacen bajo las teorías actuales. Esas ideas, esas doctrinas filosóficas que hemos mencionado, aunque no se enuncien ni se discutan directamente, se siguen transmitiendo y se siguen traduciendo en conclusiones y en prácticas sesgadas en una determinada dirección.

Leyendo los textos de los psicólogos, un lector incauto puede llegar a la conclusión de que el alma y la libertad son conceptos del pasado superados por los cono-

cimientos actuales, de que el hombre no es más que un animal evolucionado en una determinada dirección, etc. Más aún, uno puede llegar a pensar que estas afirmaciones son resultados a los que se ha llegado a través de la investigación científica, y que son, en consecuencia, indiscutibles.

El profesional de la educación, por tanto, a la hora de aplicar las recomendaciones de la Psicología a favor de los educandos, debe observar muy bien qué es lo que está aplicando, no sea que esté proporcionando a los alumnos unas soluciones que, a la larga, puedan ser muy perjudiciales (aunque a corto plazo puedan resultar eficaces).

Dirección del autor: Alfonso Osorio. Departamento de Educación. Universidad de Navarra. Campus Universitario s/n. 31080 Pamplona.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 23.V.2008.

Notas

- [1] Para una exposición sistemática de algunos de estos campos, ver, por ejemplo, SAMPASCUAL MAICAS (2001).
- [2] "La psicología (...) está influyendo en nuestra sociedad sin tener una idea clara de lo que es el sujeto humano" (MARINA, 2000, 222).
- [3] Christian WOLFF (1968, 1972) la llamó *psicología racional*, por oposición a la *psicología empírica*.
- [4] "La ciencia ha sustituido la voluntad por un sistema determinista para poder así estudiar la conducta científicamente, lo que me recuerda el comportamiento de aquel borracho que perdió una moneda en un oscuro callejón pero fue a buscarla debajo de un farol porque allí había más luz" (MARINA, 2000, 222).
- [5] "Se usa frecuentemente para designar (...) todas aquellas concepciones filosóficas, de muy diverso contenido, que tienen como característica unificadora el considerar a la naturaleza, en cuanto totalidad de realidades

físicas existentes, como el principio único y absoluto de lo real" (BARRIO GUTIÉRREZ, 1991). "Naturalismo: teoría que no admite otras leyes que las del mundo material" (LIVI, 1995, 97).

- [6] "Según Newton, había dos fuentes de conocimiento: la naturaleza y la revelación divina que nos enseña la Biblia" (SÁNCHEZ DEL RÍO, 1991, 54).
- [7] "El universo (...) está escrito en lengua matemática" (GALILEO, 1981, 63).
- [8] "El universo estaría completamente autocontenido; no necesitaría nada fuera de sí para darle cuerda y poner en marcha sus mecanismos, sino que, en él, todo estaría autodeterminado por las leyes de la ciencia... Puede parecer presuntuoso, pero es lo que yo y muchos otros científicos creemos" (HAWKING, 2002, 85).
- [9] "Hawking filosofa desde el principio y lo hace mal" (JAKI, 1991, 146).
- [10] "La conclusión natural que se deriva de lo precedente es que el ser humano consta de dos sustancias separadas, y que la relación entre la mente y el cuerpo es análoga a la que hay entre el piloto y la nave" (COPLESTON, 1979, 117).
- [11] "Existen dos amplios tipos de teoría: las teorías *dualistas*, que consideran que tanto mente como materia (cerebro) son reales y existen por sí mismas, y las teorías *monistas*, según las cuales sólo mente o materia (cerebro) es real" (GROSS, 1998, 919). Las teorías que hablan de cuerpo y alma como dos aspectos de una misma realidad ni siquiera son tenidas en cuenta.
- [12] "Una idea como la de Descartes, de que la existencia del alma es la primera certeza, y la existencia de la materia una inferencia posterior, habría chocado a Aristóteles como algo absurdo. El yo completo, alma y cuerpo por igual, es algo dado e incuestionable" (ROSS, 1995, 138).
- [13] "En el aristotelismo escolástico el ser humano era descrito como una unidad y el alma se vinculaba al cuerpo como la forma a la materia. Por lo demás, el alma no se reducía a la mente: se consideraba como el principio de la vida biológica, sensitiva e intelectual" (COPLESTON, 1979, 117).
- [14] Por ejemplo, SKINNER (1987).
- [15] Como mucho, se acepta la existencia de una *mente* que, si bien puede ser causa de la conducta, está a la

vez determinada por otras causas. Por ejemplo, un conocido manual de Psicología (GROSS, 1998, 922-923) parece proponer, como solución al debate entre determinismo y libre albedrío, el *determinismo indulgente* de William James. Según esta teoría, la conducta está causada por la *vida mental consciente*, lo cual que es compatible con el hecho de que esté determinada. La libertad sólo significa que no hay coacción.

[16] Habría que matizar todo esto a partir del principio de indeterminación de Heisenberg, pero el tema queda fuera del alcance de este trabajo.

[17] "La distinción realizada por Descartes en el siglo XVII entre cuerpo físico y mente no física fue la que introdujo por primera vez el problema mente-cuerpo a la filosofía" (GROSS, 1998, 919). Afirmaciones como ésta (que ignoran aportaciones anteriores del problema, o más bien aportaciones que no lo consideran un problema) muestran que, si bien no se acepta la solución de Descartes, sí se acepta su planteamiento de la cuestión.

[18] "Se conoce con el nombre de [positivismo] aquel modo de pensar que pretende atenerse tan sólo a los «hechos positivos», entendiendo por tales los que pueden ser captados inmediatamente por los órganos de los sentidos y ser sometidos a una verificación cuantitativa; los demás hechos son negados o reducidos a los anteriores" (CRUZ HERNÁNDEZ, 1991). La REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001) lo define como "sistema filosófico que admite únicamente el método experimental y rechaza toda noción a priori y todo concepto universal y absoluto".

[19] "El término indica la filosofía que niega la posibilidad de la metafísica". (LVI, 1995, 107).

[20] "Huxley, en su libro *Man's Place in Nature* (1863-1954) (...) [muestra que] los humanos habían evolucionado a partir de formas inferiores de vida y que, por tanto, no era necesario el concepto de creación" (TARPY, 1998, 203). "Los poderes mentales y morales del individuo no eran dones especiales del creador, sino caracteres presentes ya en los animales y que se habían visto fortalecidos por su capacidad de supervivencia" (BOWLER, 1985, 31).

[21] "Este naturalismo extremo provocó, naturalmente, la oposición teológica y popular al sistema darvinista" (BOWLER, 1985, 31).

[22] Ésta es la interpretación más común de Gen. 2, 7.

[23] Hay, por ejemplo, numerosos estudios que intentan explicar el origen del altruismo con teorías, siempre parciales, como la aptitud inclusiva y el altruismo recíproco (HAMILTON, 1964, 1-52; HOFFMAN, 1981, 121-137; TRIVERS, 1971, 35-57).

[24] Ver, por ejemplo, NIETZSCHE (1993, 47): "A lo superior no le es lícito provenir de lo inferior".

[25] "Supongamos que las células corticales A y B siempre presentan descarga cuando se ve rojo y no en cualquier otra ocasión. ¿Qué nos dice esto acerca de la experiencia del rojo?" (KLINE, 1988, citado en Gross, 1998).

[26] "Para muchos naturalistas, la selección natural de Darwin era inaceptable como mecanismo de evolución precisamente porque no dejaba lugar a la planificación divina" (BOWLER, 1985, 56).

[27] Más llamativo es el caso de las *asistentes sexuales*, que, aun negando ser prostitutas, intentan ayudar a sus pacientes mediante relaciones sexuales (LÓPEZ IBOR, 1975, 235-236).

[28] "Lo de la *motivación* es una de las falacias que más daño han hecho a la educación en nuestro país. La tienen ya asumida los padres, que critican a veces a los profesores por no motivar a sus niños, y también los alumnos, a quienes se les oye decir en ocasiones, con el mayor desparpajo, que no se sienten motivados" (MORENO, 2006, 33). "Es importante que [los alumnos] sepan que estudiar con regularidad, estén o no motivados, es un hábito imprescindible" (MORENO, 2006, 35). Tanto hemos insistido en motivar a los escolares, que se ha hecho necesario diseñar programas específicos de motivación para cuando llegan a la universidad (GONZÁLEZ CABANACH, VALLE ARIAS, RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, GARCÍA GERPE y MENDIRI RUIZ DE ALDA, 2007).

Bibliografía

ALONSO TAPIA, J. (1991) *Motivación y aprendizaje en el aula* (Madrid, Santillana).

AMERICAN PSYCHOLOGICAL ASSOCIATION (2002) *Ethical Principles of Psychologists and Code of Conduct*, *American Psychologist*, 57:12, pp. 1060-1073.

AUSUBEL, D. P. (1963) *The psychology of meaningful verbal learning: An introduction to school learning* (New York, Grune ans Stratton).

BARRIO GUTIÉRREZ, J. (1991) *Naturalismo*, en *Gran Enciclopedia Rialp* (Madrid, Rialp) vol. XVII.

- BERMÚDEZ MORENO, J.; PÉREZ GARCÍA, A. M. y SANJUÁN SUÁREZ, P. (2005) *Psicología de la personalidad: teoría e investigación* (Madrid, UNED).
- BOWLER, P. J. (1985) *El eclipse del darwinismo: teorías evolucionistas antidarwinistas en las décadas en torno a 1900* (Barcelona, Labor).
- BRUNER, J. S. (1960) *The process of education* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press).
- BRUNER, J. S. (1966) *Toward a theory of instruction* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press).
- CASE, R. (1984) The process of stage transition: a neopiagetian view, en STERNBERG, R. J. (ed.) *Mechanisms of Cognitive Development* (Nueva York, Freeman) pp. 19-44.
- CASE, R. (1985) *Intelectual Development: Birth to Adulthood* (New York, Academic Press).
- COLEGIO OFICIAL DE PSICÓLOGOS DE ESPAÑA (2003) *Ética y deontología para psicólogos* (Madrid, Colegio Oficial de Psicólogos).
- COPELSTON, F. (1979) *Historia de la Filosofía*, Tomo IV: "De Descartes a Leibniz" (Barcelona, Ariel).
- CRUZ HERNÁNDEZ, M. (1991) Positivismo, en *Gran Enciclopedia Rialp* (Madrid, Rialp) vol. XVIII.
- DESCARTES, R. (1996) Les passions de l'âme, parte I, arts. 30-31, en ADAM, C. y TANNERY, P. (eds.) *Oeuvres de Descartes* (Paris, Librairie Philosophique J. Vrin) vol. XI.
- FAIRBAIRN, G. y FAIRBAIRN, S. (1987) Introduction: Psychology, ethics and change, en FAIRBAIRN, S. y FAIRBAIRN, G. (eds.) *Psychology, ethics and change* (London, Routledge & Kegan Paul).
- FISHER, K. W. (1980) A theory of cognitive development: the control and construction of hierarchies of skills, *Psychological Review*, 87, pp. 477-531.
- GALILEI, G. (1981) *El ensayador* (Aguilar, Buenos Aires).
- GONZÁLEZ CABANACH, R.; VALLE ARIAS, A.; RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, S.; GARCÍA GERPE, M. y MENDIRI RUIZ DE ALDA, P. (2007) Programa de intervención para mejorar la gestión de los recursos motivacionales en estudiantes universitarios, *revista española de pedagogía*, 65:237, pp. 237-256.
- GOOD, T. L. y BROPHY, J. (1995) *Contemporary Educational Psychology* (New York, Longman).
- GROSS, R. D. (1998) *Psicología : la ciencia de la mente y la conducta* (México, El Manual Moderno).
- HALFORD, G. S. (1987) A structure-mapping approach to cognitive development, *International Journal of Psychology*, 22, pp. 609-642.
- HAMILTON, W. D. (1964) The genetical evolution of social behavior, I and II, *Journal of Theoretical Biology*, 7:1, pp. 1-52.
- HAWKING, S. W. (2002) *El universo en una cáscara de nuez* (Barcelona, Crítica).
- HOFFMAN, M. L. (1981) Is altruism part of human nature?, *Journal of Personality and Social Psychology*, 40, pp. 121-137.
- JAKI, S. L. (1991) Expulsar al Creador, en JAKI, S. L.; SÁNCHEZ DEL RÍO, C.; JANIK, J. A.; GONZALO, J. A. y ARTIGAS, M. *Física y religión en perspectiva* (Madrid, Rialp) pp. 145-158.
- KELLER, J. (1983) Motivational Design of Instruction, en REIGELUTH, C. (ed.) *Instructional-design theories and models: An overview of their current status* (Hillsdale, Erlbaum) pp. 383-434.
- LEGRENZI, P. (1986) *Historia de la Psicología* (Barcelona, Herder).
- LIVI, A. (1995) *Lessico della filosofia: etimologia, semantica & storia dei termini filosofici* (Milano, Ares).
- LÓPEZ IBOR, J. J. (1975) *Freud y sus ocultos dioses* (Barcelona, Planeta).
- MARINA, J. A. (2000) De un filósofo, en AVIA, M. D. (dir.) *Cartas a un joven psicólogo* (Madrid, Alianza) pp. 218-229.
- MILLÁN-PUELLES, A. (1972) *Fundamentos de Filosofía* (Madrid, Rialp).
- MORENO, R. (2006) *Panfleto antipedagógico* (Barcelona, El lector universal).
- NIETZSCHE, F. (1993) *Crepúsculo de los ídolos* (Madrid, Alianza).

- PASCUAL-LEONE, J. (1979) La teoría de los operadores constructivos, en DELVAL, J. A. (ed.) *Lecturas de Psicología del niño* (Madrid, Alianza) Vol. 1, pp. 208-227.
- PIAGET, J. (1971) *Psicología de la inteligencia* (Buenos Aires, Psique).
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001) *Diccionario de la lengua española* (Madrid, Espasa-Calpe).
- ROSS, D. (1995) *Aristotle* (London & New York, Routledge).
- SAMPASCUAL MAICAS, G. (2001) *Psicología de la Educación* (Madrid, UNED).
- SÁNCHEZ DEL RÍO, C. (1991) El siglo de Copérnico, Kepler y Galileo, en JAKI, S. L.; SÁNCHEZ DEL RÍO, C.; JANIK, J. A.; GONZALO, J. A. y ARTIGAS, M. *Física y religión en perspectiva* (Madrid, Rialp) pp. 45-57.
- SANGUINETI, J. J. (1982) *Lógica* (Pamplona, EUNSA).
- SILVERO MIRAMÓN, M. (2007) Estrés y desmotivación docente: el síndrome del "profesor quemado" en educación secundaria, *Estudios sobre Educación*, 12, pp. 115-138.
- SKINNER, B. F. (1954) The science of learning and the art of teaching, *Harvard Educational Review*, 24, pp. 86-98.
- SKINNER, B. F. (1958) Teaching Machines, *Science*, 128:3330, pp. 969-977.
- SKINNER, B. F. (1987) *Más allá de la libertad y la dignidad: un profundo estudio del hombre y la sociedad* (Barcelona, Salvat).
- TARPY, T. H. (1998) *Historia de la Psicología* (Madrid, Prentice Hall).
- TRIVERS, R. L. (1971) The evolution of reciprocal altruism, *Quarterly Review of Biology*, 46, pp. 35-57.
- WATSON, J. B. (1913) Psychology as the behaviorist views it, *Psychological review*, 20, pp. 158-177.
- WOLFF, C. (1968) *Psychologia empirica* (Hildesheim, Olms).
- WOLFF, C. (1972) *Psychologia rationalis* (Hildesheim, Olms).
- WOOLFOLK, A. E. (1987) *Educational Psychology* (New Jersey, Prentice-Hall).
- WUNDT, W. (1904) *Principles of Physiological Psychology* (London, Sonnenschein).

Resumen:

Fundamentos filosóficos de la Psicología actual

El presente artículo analiza algunos presupuestos filosóficos (especialmente antropológicos) que subyacen a la Psicología actual, y que pueden afectar al ámbito educativo. Se muestra cómo, aunque la Psicología empírica se ha fundado separándose de la Filosofía, en el fondo se ha separado de algunas doctrinas filosóficas, asociándose a otras. A menudo, en la literatura psicológica, se descubre que se asumen algunos postulados filosóficos como el naturalismo, el dualismo cartesiano (con la correspondiente negación de la libertad), el positivismo, el darwinismo radical (que identifica al hombre completamente con los demás animales) y el relativismo ético. Se llama la atención sobre el carácter implícito de estas asunciones, que pueden confundir al lector y al educador.

Descriptores: Psicología, Filosofía, Antropología, Fundamentos de la Educación.

Summary:

Philosophical Foundations of Current Psychology

The present article analyzes some philosophical (especially anthropological) bases that underlie current Psychology, and which can affect the field of education. It shows how, although empirical Psychology was founded by being separated from Philosophy, in fact it has separated itself from some philosophical doc-

trines, and has become associated to others. Often, in psychological literature, some philosophical postulates are assumed, such as naturalism, Cartesian dualism (with the corresponding negation of freedom), positivism, radical Darwinism (which completely identifies man with other animals) and ethical relativism. Attention is called to the implicit character of these assumptions, that can confuse readers and educators.

Key Words: Psychology, Philosophy, Anthropology, Foundations of Education.

